



VOL: AÑO 8, NUMERO 22

FECHA: MAYO-AGOSTO 1993

TEMA: LO PÚBLICO Y LO PRIVADO

TÍTULO: **Espacio privado y espacio público en la era posmoderna**

AUTOR: *Gilles Lipovetsky* [*]

TRADUCTOR: Emilio Duhau

SECCION: Notas y traducciones

TEXTO

En el momento en que los jóvenes hacen estallar revueltas en las periferias, cuando la integración social cede el paso a la dualización de la sociedad y a las bandas de carácter étnico y los medios de comunicación agitan nuevamente el espectro de las "clases peligrosas", nada sería más inexacto que analizar la crisis social urbana contemporánea en los términos del siglo XIX. Cualquiera que sea la especificidad de los problemas de los jóvenes desempleados, desheredados, excluidos por su color o condición, ellos forman parte de una sociedad global radicalmente nueva, con nuevos valores y aspiraciones. Por una parte, las sublevaciones de que somos testigos retoman una lógica clásica de confrontación entre dominados y dominadores, de revuelta contra la exclusión, contra la segregación social y cultural. Pero, por otra, ilustran, a su modo, bajo una forma violenta, el movimiento de fondo que caracteriza las democracias contemporáneas, a saber: el advenimiento de una nueva cultura individualista. Son los ejes básicos de esta mutación histórica dentro del ciclo del individualismo moderno lo que quisiera brevemente analizar. Esa mutación es lo único que permite dar cuenta del estallamiento de nuestros referentes sociales y culturales, de la especificidad posmoderna de la "crisis de la ciudad" y de la juventud marginada o integrada.

Desde los años cincuenta y sesenta comenzó a desarrollarse la idea, aunque fuera confusamente, de que las sociedades capitalistas liberales habían entrado en una nueva fase de su historia. El surgimiento de la denominada sociedad de consumo es la manifestación más tangible de ello. Muy rápidamente, los nuevos valores y comportamientos sociales fueron vinculados al modo de vida impulsado por el reinado de los objetos, de la comodidad y de las formas de recreación de masas. La consecuencia inmediata de la proliferación de los objetos de consumo es, en efecto, la fragmentación individualista del cuerpo social: allí donde había intercambio social, hay desde ahora consumo privado, retracción individualista, atomización de los seres; la lavadora automática reemplaza al lavadero público y la televisión a la interacción directa. Es difícil ponerlo en duda: el universo de los objetos y del bienestar funciona como máquina de dispersión social, de repliegue sobre la esfera privada.

La revolución democrática de la vivienda va en la misma dirección. Hasta los años cincuenta, las familias de los sectores populares, obreros y campesinos, vivían por lo general hacinadas en viviendas compuestas de una o dos habitaciones. En el campo, no era raro observar salas de estar donde se encontraban a veces cuatro o cinco camas. La comodidad doméstica era todavía muy rudimentaria: la disponibilidad de agua corriente estaba lejos de haberse generalizado; frecuentemente no había cuarto de baño ni retrete en las viviendas; las llaves públicas eran todavía sumamente frecuentadas. En 1954, en

Francia, sobre un total de 13 millones de viviendas, apenas un poco más de la mitad poseía agua corriente y sólo una cuarta parte disponía de excusado en su interior, y sólo una sobre diez de una bañera o una regadera. Es necesario precisar que la vida privada resulta poco favorecida por tales condiciones materiales: es difícil aislarse, poseer un lugar propio; el espacio privado es compartido en forma permanente con el grupo familiar.

A partir de los años cincuenta, se asiste a una mutación sin precedente en materia de vivienda: en Francia se construyeron 300,000 nuevas viviendas en 1959, 400,000 en 1965 y 500,000 por año durante la primera mitad de los años setenta. Se construyeron más viviendas entre 1972 y 1975 que durante toda la entreguerra. Sin duda, estas viviendas fueron construidas de acuerdo con nuevas normas de tamaño, equipamiento, higiene y comodidad, para no hablar de las cuestiones de aislamiento sonoro. No se puede separar el surgimiento del nuevo individualismo de masas de esta revolución habitacional que permitió la acentuación de las normas sociales de intimidad, de repliegue sobre uno mismo. Esta revolución habitacional no es, evidentemente, la causa única y mayor de la revolución individualista; se trata de un factor material que contribuyó a ella.

Las transformaciones del urbanismo también contribuyeron al advenimiento del nuevo individualismo. La ciudad tradicional mezclaba viviendas, talleres y lugares públicos; en cada calle coexistían edificios, galpones, fábricas. El urbanismo moderno condenó esta confusión "malsana": la Carta de Atenas de los años treinta es sin duda el símbolo más típico de esta voluntad de producir espacios nuevos, racionales, funcionales, ventilados. El zoning se impone a la promiscuidad de las calles, las nuevas zonas habitacionales excluyen las implantaciones industriales; se asiste a la edificación de grandes conjuntos dormitorio, ciudades periféricas donde el espacio público va diluyéndose. La vida de barrio, donde en otra época la gente se conocía, se reencontraba y se "vigilaba", ha ido desapareciendo. El nuevo urbanismo ha contribuido de esta forma al florecimiento del individualismo, a la atomización social, haciendo estallar la interpenetración de lo privado y lo público que prevalecía en la ciudad tradicional. Y esto no sin pérdidas, por ejemplo, de lo que representa la ciudad italiana tradicional, donde existe una comunidad "cálida", al menos en el plano imaginario, donde todo el mundo se conoce, donde el hogar y la calle se comunican. La ciudad moderna es más fría, más funcional, más anónima, lo que no deja de tener sus efectos positivos: la privatización urbana es un instrumento de autonomización de las personas, de una vida privada más libre. ¿En qué se transforma la sociabilidad en esta ciudad? Cuando se trata de encuentros masivos, como en el caso del metro, ella es vivida como promiscuidad. En otros casos, se convierte en una sociabilidad de espectáculo y distracción: uno va allí donde va todo el mundo y la multitud se transforma ella misma en acontecimiento. De todos modos, la ciudad tradicional dominada por el polo de lo público ha muerto: desde ahora, la ciudad ha sido entregada a la atomización y a las múltiples redes donde los individuos se reencuentran, aquí o allá, pero en función de sus trayectorias personales, de sus intereses, de sus motivaciones o de sus deseos. La ciudad no es más que una aglomeración de viviendas privadas donde se vive aparte, donde se toma el automóvil para ir a trabajar, para salir de vacaciones o de fin de semana. Una de las pocas formas de sociabilidad que subsisten de modo ostensible es la de las bandas juveniles; esto es, una sociabilidad tendencialmente de la marginalidad. Es la marginalidad lo que se corre el riesgo de desarrollar con el desempleo, la sociedad dual, la segregación de los barrios, el racismo, pero también el fin de las grandes organizaciones tradicionales de encuadramiento que eran las iglesias, los partidos, los sindicatos.

Todos estos factores materiales han desempeñado un papel importante en el advenimiento del nuevo individualismo, pero no son suficientes para explicar la emergencia de una ruptura cualitativa en el ciclo histórico del individualismo. Paralelamente a estas mutaciones materiales, se produjo una revolución en los valores

sustentada por el advenimiento de la sociedad de consumo. La era del consumo ha promovido en nuestras democracias, en efecto, un valor fundamental, una nueva orientación de la existencia: el hedonismo, la legitimidad de los placeres, de las satisfacciones materiales e íntimas. No se trata de algo absolutamente nuevo, ya que desde el siglo XVIII, en el mundo de las letras, el hedonismo había adquirido derecho de ciudadanía. Pero a partir de los años cincuenta el hedonismo deviene un hedonismo de masas y ya no es un hedonismo filosófico de salón. La elevación del nivel de vida, la renovación incesante de los productos el crédito y la publicidad, convergieron para hacer de la satisfacción inmediata de los deseos personales un componente social e individualmente legítimo. La cultura del consumo ha exacerbado la aspiración al bienestar, a las vacaciones, a la recreación. Simultáneamente, el hedonismo de masas ha minado el principio del ahorro, un principio contemporáneo del primer capitalismo: son el disfrute de uno mismo y el consumo los que han pasado al primer lugar. Desde ahora, el individuo se absorbe cada vez más en su espacio privado, genera la exigencia de depender menos de los demás, de ser dueño de sí mismo, de decidir la orientación de su propia vida, de vivir para sí mismo.

Se puede estar tentado a oponer a esta visión de las cosas el hecho de que en nuestras sociedades contemporáneas, marcadas por la impronta del capitalismo y el protestantismo, el valor supremo no es el placer sino el trabajo. De hecho, nuestras sociedades estimulan simultáneamente esos dos valores antinómicos que son el hedonismo y el trabajo, las diversiones y la actividad profesional. En los primeros tiempos de la sociedad de consumo, estas dos normas se oponían en beneficio ideológico del primer término de cada una de estas dos oposiciones. Esto está cambiando con el surgimiento de la gerencia participativa, el deseo más pronunciado de implicación en el trabajo y la rehabilitación de la ambición profesional. Desde ya, dos asalariados de cada cuatro ven en su trabajo un medio de disfrute y de expresión personal; se trata de uno de los efectos de la era hedonista sobre la esfera del trabajo: incluso éste ya no debe ser más una "carga" o un deber anónimo.

Pero, al mismo tiempo, el hedonismo se hace cada vez más "productivista": culto de la forma, de la delgadez, de la juventud, del turismo intensivo, etc. Nuestras sociedades valoran el hedonismo "normalizado", que es cada vez menos compatible con los placeres desordenados y el gasto gratuito o dilectante de las energías. A pesar del retomo de la ideología profesional, uno no se doblega, como se creía a veces, ante el hedonismo cultural, sino que el hedonismo se higieniza y se "racionaliza" y entra en el ciclo de la contabilidad y de la productividad generalizadas. Es un hedonismo utilitarista de masas el que nos gobierna. Este hedonismo consumista no es sólo, como se ha sostenido demasiado frecuentemente, un instrumento de sobrecontrol social, sino lo que ha contribuido con creces a atomizar la sociedad, a diversificar y multiplicar los estilos de vida, a hacer estallar, en la esfera privada, deseos más autónomos y más libres. Esto se observa en primer lugar en las transformaciones que han afectado a la familia y a la vida sexual. Los hechos son ampliamente conocidos: multiplicación de los divorcios, de los hogares unipersonales y las uniones libres, descenso notable de la natalidad y de las familias numerosas, aumento de los nacimientos fuera del matrimonio, liberalización y desculpabilización de la vida sexual. Incluso si es cierto que la gran ola de la emancipación de las costumbres ya ha concluido, esto no significa el regreso al conservadurismo puritano y moralista. De hecho, el derecho a ser libre en la esfera privada permanece como una aspiración fundamental y ha adquirido una legitimidad masiva.

Esta autonomía privada individualista no debe ser pensada como una libertad absoluta ajena a todo modelo social. De acuerdo con las evidencias, los modelos y papeles sociales subsisten. Lo que es radicalmente nuevo es que esos no son ya imperativos: en

la actualidad son múltiples, opcionales y legítimos por igual. Ya no hay más un modelo ideal o legítimo de comportamiento, sino una gama de opciones posibles. Vivimos los tiempos de la multiplicación de las normas socialmente legítimas. Permanecen, en particular, claras diferencias sociológicas en los gustos, las aspiraciones y las profesiones de los distintos sexos, pero no se trata más que de diferencias estadísticas: todo puede ser legitimado y reivindicado tanto por un sexo como por el otro sin que ello suscite verdadera reprobación. Los papeles diferenciados de lo masculino y lo femenino no desaparecen, pero se vuelven flotantes; han perdido su rigidez anterior y se combinan en múltiples formas, a la carta. La autonomía individualista es inseparable de esta desestandarización colectiva de los papeles de ambos sexos.

Históricamente, no es posible separar este proceso de autonomización de la contestación social y de las luchas colectivas de los años sesenta y setenta; en particular, los movimientos feministas contribuyeron de manera muy importante al proceso de individualización y liberalización del aborto. Estas movilizaciones colectivas, nadie lo duda, han desempeñado un papel importante. Sin embargo, pienso que la "escalada individualista" que observamos actualmente habría sido, de todos modos, producida esencialmente a partir de dos grandes factores: el primero se vincula al surgimiento del hedonismo cultural ya mencionado. El segundo proviene de las transformaciones de la educación ligadas en particular al ascenso de la cultura psicológica y relacional. Con el desarrollo de la sensibilidad y los referentes psicológicos, se introdujo un tipo nuevo de comunicación, una nueva relación entre padres e hijos, basada en la atención de la subjetividad y la comprensión. Tanto en la escuela como en la familia, los hijos son escuchados, empujados a expresarse, a hacer conocer sus deseos. La educación autoritaria ha cedido el paso a una educación de tipo "psi". Es toda nuestra socialización inicial la que es "psi" y relacional. Esta nueva educación ha contribuido a desarrollar los deseos de autonomía y de reconocimiento entre los jóvenes, minando las tradiciones, los papeles instituidos y la autoridad familiar en beneficio de la expresión y la reivindicación de uno mismo.

Los deseos de autonomía y de personalización han alcanzado igualmente la relación con el cuerpo: el neonarcisismo posmoderno encuentra su expresión en el culto del cuerpo, como se observa cada vez más en la obsesión de la línea y de la salud, la cruzada contra el tabaco, la ola de los regímenes dietéticos, los productos light, las medicinas naturales, la idolatría de la juventud (también entre los hombres) y el boom de los deportes. Para referirnos a este último punto, la evolución del deporte es históricamente significativa: se hace deporte ante todo para uno mismo, para estar en forma y por la salud, para superarse, para progresar a título personal, por placer. Deporte-desafío, deporte-forma, deporte-placer, el deporte ya no está al servicio de referentes exteriores al individuo, sino que ha sido anexado por la lógica narcisista. El deporte sale de los lugares convencionales y funcionales -estadios, clubes, salones- y la ciudad misma se transforma en un lugar de prácticas deportivas: el jogger, el roller, el skater se apropian de las banquetas y adaptan la ciudad en beneficio de sus prácticas individualistas, performativas y hedonistas. La ciudad no es ahora solamente un espacio de trabajo, de intercambio, de vivienda, sino que se transforma en una red para uso deportivo que responde al deseo de autonomía de los individuos que practican el deporte que ellos quieren, donde quieren y cuando quieren. Al igual que uno se viste actualmente de modo deportivo en la ciudad, uno practica el deporte donde quiere. Es otra expresión de la libertad individualista posmoderna.

En fin -y se trata sin duda de los más importantes-, son los mismos pensamientos y opiniones los que son llevados al terreno de la autonomización individualista: las creencias comunes se diluyen, los dogmas se eclipsan. Cada vez hay menos ortodoxia y fidelidad respecto de las creencias colectivas. Las Iglesias, los partidos, las doctrinas, son

seguidos cada vez menos estrictamente por los individuos y cada uno tiende a construir sus opiniones "a la carta", como en un autoservicio. Juan Pablo II, ciertamente, tiene asegurado el éxito cuando aparece en público, pero en Francia, un católico practicante de cada dos está en desacuerdo con la Iglesia sobre la cuestión de los preservativos o la píldora para abortar; un católico practicante de cada cuatro acepta el principio del aborto y, en 1987, 67 por ciento de los católicos practicantes eran favorables a la eutanasia activa. Las prácticas y las creencias religiosas se emancipan cada vez más de las Iglesias y de los dogmas. Somos llevados al estallamiento de las unanimidades y los monolitismos: la nueva era individualista instaura por todas partes el autoservicio generalizado de las opiniones, el mismo fiel deviene un creyente de autoservicio. De allí la asombrosa paradoja de nuestras sociedades, que no han querido prestar atención a los pensadores críticos de los años sesenta y setenta y que se rehúsan todavía a escuchar a los pensadores heideggerianos de la actualidad: ahora mismo que el medio cotidiano es cada vez más producido desde afuera por instancias burocráticas especializadas, cada cual se transforma tanto más en sujeto de su existencia privada y en libre operador de su vida. Y ello merced a la cultura hedonista y la sobreoferta de modelos en la cual estamos sumergidos. No podemos más que constatarlo: cuanto más se burocratiza el mundo, tanto más se autonomizan las personas. Lo contrario de lo que Marcuse llamaba en otra época el "hombre unidimensional".

La marcha hacia la autonomización de las personas tiene, claro está, su reverso: la nueva era individualista disgrega los lazos sociales, deshace los encuadramientos familiares, disuelve los referentes religiosos y, de esa forma, favorece el desarrollo de las creencias más delirantes, el retorno del esoterismo, la flotación de las opiniones y las marginalidades sociales, así como los comportamientos más incontrolables e irracionales. La era del neonarcisismo es aquella donde aparecen los hooligans, las nuevas formas de criminalidad urbana, la toxicomanía masiva, el terrorismo de las minorías nacionales y las sectas. Incluso ha hecho posible la desculpabilización del racismo y la implantación -circunscrita pero real- de la extrema derecha en ciertos países europeos. Por un lado se observa, entonces, el desarrollo de un individualismo liberal, de la tolerancia de la mayoría en materia de modos de vida, de educación, de religión, de política, de sexualidad, de vestimenta; pero por otro, se observa la multiplicación de nuevas formas de agresividad, de intolerancia y de sectarismo entre las minorías más o menos fuertes, más o menos desclasadas.

Por lo demás, esta autonomización de los individuos está acompañada de una gran fragilización de los sujetos, de un sentimiento cada vez más difundido de estrés y de vacío, de depresión, de dificultad para vivir y comunicarse. En Francia hay 50,000 drogadictos, 25 millones en los Estados Unidos. Para compensar, en Francia se consumen cinco veces más tranquilizantes que en los Estados Unidos. La espiral de suicidios y, sobre todo, de tentativas de suicidio, continúa. En todas partes el número de hogares unipersonales se acrecienta: uno de cada dos en París, cinco millones de franceses viven solos. La ciudad en la era neoindividualista es pulverización social y promiscuidad, intercambio acelerado y repliegue sobre uno mismo; todo es virtualmente posible, todo es cada vez más problemático. Cuanto más se celebra la autenticidad, tanto más se dificulta la comunicación; cuanto más central es el ego, más se desestabiliza; cuanto menos los conflictos sociales abandonan el espacio colectivo, tanto más los conflictos subjetivos e intersubjetivos se profundizan.

La fragmentación social no significa que cada uno se repliegue sobre sí mismo con su walkman y su microcomputadora, todo por la pasión de encapsularse. Diversas formas comunitarias se reconstituyen pero, precisamente, sobre principios individualistas. Se desarrollan, junto con la dualización social, el desempleo y los grandes conjuntos periféricos, la lógica de las bandas de barrio y de jóvenes que se organizan cada vez más

sobre bases étnicas (blacks, beurs) con su jerarquía, sus líderes, sus ritos de iniciación, sus lenguajes, sus "logos", sus "modas", sus grupos musicales. La delincuencia y la violencia funcionan aquí como microcultura específica. Para un buen número de esas bandas, el robo, la droga, las agresiones físicas se banalizan y pueden ascender a los extremos: en Los Angeles, en promedio anual, 80,000 miembros de las bandas se destrozán mutuamente; en 1990, sólo en esta megalópolis, la violencia atribuida a las bandas produjo 800 muertos. En los Estados Unidos, entre 1985 y 1989, las muertes vinculadas a la droga y las bandas se multiplicaron por tres.

Es muy probable que este estallido de lo social y estas formas de marginación se desarrollen en Francia con la llegada del crack y la disolución acelerada de todas las formas tradicionales de encuadramiento (familia, escuela, Iglesia, sindicato, partido). Esta "tribalización" posmoderna no tiene nada que ver con una socialización de clase: es la fragmentación heterogénea de los grupos y la reivindicación de los signos étnicos, culturales y de identidad, lo significativo. No se trata tampoco de la negación comunitaria del neoindividualismo, sino de una nueva manifestación violenta y desclasada de él. La etnicidad de las bandas no es recibida desde afuera, sino que es una reconstrucción "autónoma" de los vínculos sociales, un bricolage hecho de préstamos heterogéneos, así como de una tradición generalmente desconocida que posee la cotidianidad urbana: la proclamación identitaria y étnica es un patchwork posmoderno. Se trata de autodesignarse, de afirmar una identidad oponiéndose a los demás, de crear nuevas redes de solidaridad, de afirmarse como se pueda en el desafío (robo, extorsión, violencia) y los símbolos étnicos, gráficos y de la vestimenta, utilizados a la carta. En este sentido, las nuevas bandas urbanas ilustran a su manera la nueva cultura individualista de autovaloración y de autoapropiación (territorios, símbolos); son una respuesta a la desestructuración de los lazos comunitarios tradicionales en el momento en que la integración y la promoción sociales muestran signos manifiestos de fatiga. No hay duda de que un joven beur no posee el mismo modo de vida que uno del distrito XVI. Pero esto no debe ocultar el hecho de que hoy en día los valores hedonistas de realización personal están difundidos en todo el cuerpo social, incluso si no se realizan de la misma forma. La aspiración al modo de vida consumista, identitario, hedonista y autónomo se encuentra en todos los grupos sociales, y es seguramente una de las fuentes de frustración de determinados grupos y de las tensiones que se observan.

Así, las revueltas que sacudieron este año las periferias se relacionan, al menos parcialmente, con la nueva cultura individualista democrática, la cual exagera el deseo de reconocimiento y de valoración del individuo. En una sociedad donde el valor último es el ego autónomo, donde la socialización favorece el modelo comunicacional todas las formas de desprecio o de inferiorización se hacen insoportables; cada uno desea ser respetado en su persona, incluyendo la interacción verbal. No es casual que la violencia de las periferias estalle a continuación de incidentes con la policía: los jóvenes son cada vez más alérgicos a los propósitos inferiorizantes; el reino posmoderno del individuo democrático es inseparable de una exigencia creciente de consideración individual. Cada uno quiere ser reconocido como una persona "igual". El mundo hiperindividualista no conduce solamente a la búsqueda renovada de los placeres, a la autonomización creciente de la esfera privada, a la autoconstrucción de sí mismo, sino también al rechazo de toda forma de humillación, se dé ésta en la empresa, la escuela o la calle. El individuo posmoderno es el militante de su propia persona.

Por otra parte, los lazos sociales se reconstituyen igualmente sobre bases individualistas electivas, voluntarias, a menudo temporales. El fenómeno asociativo se desarrolla; incluso en Francia, tradicionalmente rezagada en ese terreno, un hombre de cada dos y una mujer de cada tres son miembros de una asociación; 50,000 asociaciones se crean cada año, cuatro veces más que en los años sesenta. La era del nuevo individualismo va de la

mano con el florecimiento del fenómeno asociativo, junto con el deseo de estar integrado a grupos sociales, pero sin compromiso pleno, sin obligaciones fuertes, menos por deber que por placer. Las estadísticas son elocuentes respecto de este punto: 8 por ciento de los franceses forman parte de una asociación de beneficencia, pero 20 por ciento lo son de una deportiva. Se trata nuevamente de la prioridad del placer subjetivo y de la autonomía privada, incluso cuando el individuo se encuentra ávido de sociabilidad.

Esta paradoja se reencuentra a nivel de la ciudad: en el momento mismo en que el individualismo aumenta, la necesidad de recrear los centros urbanos se hace sentir. Como es sabido, los individuos reaccionan negativamente a la uniformación funcional y a la idea de las nuevas ciudades. Las encuestas revelan el deseo, entre los pobladores de las periferias, de que se recreen los centros urbanos, los lugares públicos, las calles comerciales tradicionales. Es por todas partes el déficit de identidad y de interacción lo que está en cuestión; las sociedades individualistas y hedonistas engendran la necesidad de comunicación y la aspiración a un medio urbano "habitabile", en el cual se pueda vagar, soñar, matar el tiempo. Posiblemente hemos entrado, al menos mentalmente, en la era del urbanismo posmoderno, en el más allá de la ciudad funcionalista. Ya no se debe hablar solamente de arquitectura posmoderna, sino de una demanda de urbanismo posmoderno que recupere las formas del pasado inmemorial de la ciudad. Retorno del pasado tradicional a modo de eco del neindividualismo; por una parte, porque el individualismo no puede arribar al límite de sí mismo y sueña con un lugar de reencuentro electivo y convival. Por otra, porque el individualismo contemporáneo es inseparable de la búsqueda de la identidad, de la calidad de vida, de la diversidad. Para responder a las necesidades de este nuevo individualismo, desunido y en búsqueda de sí mismo, es posible que sea necesario rehabilitar el pasado de las formas urbanas y arquitectónicas. En todas partes, en las empresas, en la escuela, en la educación, la lógica disciplinaria y coercitiva tiende a desaparecer. Ella deberá desaparecer también de lo urbano, demasiado basado en los mitos de la homogeneidad, de lo funcional, de los espacios verdes, del higienismo. En los tiempos del individualismo acabado, la nueva ciudad debería reconciliarse con la seducción de las formas, la diversidad arquitectónica, la personalidad del hábitat.

Pero la lógica individualista posmoderna atraviesa asimismo la res publica; no ha habido solamente una revolución del espacio privado, ha habido también una mutación del espacio público. Hemos ingresado, en efecto, en un ciclo caracterizado por un largo proceso de desideologización. A diferencia de la primera fase secular del individualismo, nuestra etapa ve desarrollarse un fenómeno de desafección frente a los grandes sistemas de sentido y representación. Es el fin, en particular, de las grandes utopías sociales: ya nadie cree en las promesas demiúrgicas de transformación del mundo, ya nadie quiere la revolución, casi nadie habla ya de destruir el capitalismo y la economía de mercado. El individualismo acabado corresponde a esta debacle de los grandes proyectos prometéticos que han ritmado la vida de las sociedades democráticas a partir del siglo XVIII. Se desean cambios pero de inmediato, no para el futuro... El fin de la era revolucionaria significa la reivindicación del presente, el predominio del presente sobre el futuro, la primacía de los deseos de bienestar y de placer sobre el sacrificio de las personas.

Sabemos que en las naciones democráticas un gran número de individuos se sienten poco involucrados en la vida política, ya casi no creen en las soluciones globales, se desinteresan de las tendencias y las opciones políticas y, a menudo, no asisten a votar. Con seguridad, es exagerado hablar sin reservas de despolitización de las masas, pues puede variar el fenómeno de acuerdo con los momentos y las naciones: las elecciones todavía interesan a los ciudadanos pero, en el fondo, no más que las otras cuestiones de la vida colectiva. Es la nueva indiferencia posideológica: poca movilización y motivación

políticas en profundidad. La confrontación derecha-izquierda subsiste pero pierde su radicalismo anterior. Los referentes se han diluido, las campañas electorales ya casi no suscitan pasiones colectivas ni combates, lo que se traduce en una movilidad mayor de los electores frente a las consignas y la disciplina de partido. La política comienza a ser ganada, ella también, por la lógica del autoservicio individualista.

Se sabe que, paralelamente al eclipse de los ideales revolucionarios, se asiste a una crisis considerable del sindicalismo, tanto en términos de adhesión como de reconocimiento social. Las grandes organizaciones sindicales reclutan un porcentaje cada vez más débil de miembros -alrededor de 10 por ciento en Francia- y la adhesión sindical ha perdido todo sentido de participación global y de identificación con una comunidad social. Ya casi no hay otra cosa que el acto de cotizar y, además, dicho acto es cada vez más provisorio. Los sindicatos son percibidos esencialmente desde una perspectiva utilitaria y como un servicio. Al igual que hay desacralización de la política, hay desacralización, desideologización, del sindicalismo. Se trata en todas partes del mismo efecto de la debacle de las ideologías revolucionarias. Uno se reconoce cada vez menos en englobantes generales; los seres desean acciones y representaciones puntuales, pragmáticas. Toda la cultura del militatismo se derrumba: actualmente, más de un estudiante de cada dos considera que ser militante implica perder su libre albedrío. Las luchas sociales que surgen son cada vez más de tipo corporativo, centradas en la defensa del presente en detrimento del futuro, luchas desideologizadas, despolitizadas, desindicalizadas, tal como se ha visto tanto en Francia como en otras partes en el curso de los años ochenta, en los movimientos de las escuelas privadas, de los estudiantes, la lucha de los ferroviarios, de las enfermeras, de los controladores de vuelo, de los estudiantes de secundaria. Los movimientos colectivos se afirman cada vez más como independientes de los partidos políticos y de los sindicatos, y encuentran su origen en la base, por fuera, incluso contra la cabeza de las organizaciones. Es por todas partes, nuevamente, la autonomía.

Un señalamiento a fin de evitar un posible malentendido: hablar de desafección respecto de las ideologías, de desmovilización individualista, no significa que todo flote en una indiferencia absoluta, que todo pueda oscilar de un polo al otro. El individualismo contemporáneo no tiene sentido más que en la era democrática, en la cual reinan un consenso y un apego fuertes, generales y durables a las instituciones y los valores democráticos. Cuanto más existe una desafección colectiva frente a las grandes ideologías, tanto más existe una legitimación de los referentes democráticos. El surgimiento del individualismo hedonista nos ha desembarazado de las fiebres revolucionarias y nacionalistas y nos ha reconciliado, por esa vía, con las instituciones pluralistas de la democracia. El movimiento que conduce a valorizar el "yo primero" conduce, paradójicamente, a la aceptación de las reglas políticas y éticas de la era democrática, al consenso democrático. Incluso los recientes y desiguales éxitos del Frente Nacional no afectan este esquema. Por una parte, el fenómeno es propio de Francia (al menos con esa intensidad); por otra, por primera vez en su historia, las democracias no tienen un enemigo irreductible: ya no existe un proyecto diferente de la democracia, ya ningún partido tiene como programa la destrucción de la democracia, ni reivindica el uso de la violencia política. Este dato histórico es radicalmente nuevo. Se ha ingresado en una era de consenso democrático, y ello porque ya no hay, en nuestras democracias, una opción distinta de la democracia. Ya no hay partidos que puedan cristalizar el descontento de los individuos en la dirección de un modelo alternativo, como en los años 1920-1940, cuando existía la opción de otra sociedad. La clase política podrá estar desacreditada, acusada de corrupción, etc., pero ya no hay ataques reales contra los principios de la democracia pluralista como tal.

A pesar de un regreso manifiesto de la xenofobia, se asiste, a escala histórica, al reforzamiento de la ideología minimalista de las democracias, a la preocupación por los derechos del hombre. La descalificación individualista de las grandes utopías históricas ha redignificado el valor de los derechos del hombre y de la moral. Cuanto más se conforma la sociedad hedonista, tanto más la individualidad humana aparece como el valor último, cada vez más la ética resurge: bioética ética del ambiente, ética de la empresa, ética del deporte y -¿puede ser?- ética del urbanismo. En una era desideologizada, no queda otra cosa que las cuestiones éticas relativas al respeto por los demás y por la naturaleza.

Esta ola ética no está en absoluto en contradicción con el florecimiento del individualismo contemporáneo, ya que no hace más que traducir la desideologización del mundo y el fin de la cultura emancipadora subversiva de los años 1960-1970. Es verdad que el individualismo contestatario del "¡gozad sin trabas!" se ha terminado, pero no por eso se regresa al moralismo de antaño. Se trata nuevamente de la realización personal que permanece como el valor primordial, pero eso se conjuga ahora con las preocupaciones relativas a la responsabilidad respecto de los otros, respecto de la naturaleza y del ambiente. El individualismo está cada vez más asociado con la temática ecológica: las asociaciones ecológicas se multiplican, los "ecoproductos" hacen furor, los Verdes logran por todas partes avances electorales. Pero eso no tiene ya nada que ver con el momento ideológico anterior: de hecho, la preocupación ecológica va de la mano con el individualismo porque lo central aquí es la calidad y la preservación de la vida. La preocupación ecológica traduce el nuevo rostro del individualismo, menos ideológico pero más atento a la calidad de la vida y del ambiente. Claro está que son las obligaciones frente al medio planetario, global, las que se remarcan, pero como condiciones de bienestar y de salud de las personas individuales.

Todo eso debe conducir a una evaluación contrastante del individualismo acabado. Por un lado, el individualismo tiene aspectos inquietantes: indiferencia hacia la política, espiral de las reivindicaciones categoriales, repliegue sobre uno mismo, turnover, aumento de la delincuencia, de la soledad, del estrés, etc. Pero, por otro lado, el neoindividualismo significa el desgajamiento de las normas y los comportamientos tradicionales, el derrumbe de las ideologías revolucionarias y nacionalistas. Resulta entonces un tipo de individualidad de tendencia flexible, sin adhesiones profundas, más escéptica, más pragmática. Eso es de importancia capital para el futuro, porque las sociedades contemporáneas, comprometidas en la competencia internacional, tienen una necesidad imperativa de actitudes flexibles, de mentalidades "desrigidizadas". Cuanto más se despliega el individualismo, menos atracción poseen los maniqueísmos, y tanto más las conciencias se convierten al realismo económico. No vivimos solamente el momento de la consolidación del orden democrático, sino también el de la rehabilitación de la economía de mercado y de la empresa. La era del neoindividualismo instala a la sociedad civil en estado de apertura frente al movimiento histórico, crea mentalidades más dispuestas al reciclaje y a la movilidad profesional o geográfica, mentalidades igualmente menos patrióticas y más favorables a la construcción de Europa. Todo ello no habría sido posible sin la revolución cultural del nuevo individualismo. Cualesquiera que sean las inquietudes que pueda hacer nacer el neoindividualismo, posee el mérito, muy sumariamente mostrado aquí, de reconciliarnos con las instituciones y la economía liberales, de hacer posible la superación de las fronteras nacionales, de recoger los desafíos de una democracia ampliada y de una responsabilidad colectiva respecto del porvenir del planeta. Resta saber si sabrá también recoger los desafíos de la integración social y de la ciudad del mañana.

CITAS:

[*] (1992), "Espace privé, espace public à l'age postmoderne", en varios autores, Citoyenneté et urbanité, Esprit, París. Traducción de Emilio Duhau, profesor-investigador del Depto. de Sociología, UAM Azcapotzalco.